

## El Continente Verde. La constitución de la feminidad en un caso clínico

*Teresa Rocha Leite Haudenschild\**

“Tal vez deberíamos comparar a la mujer en sus manifestaciones a un árbol cuyos frutos no pueden ser cortados, separados, embalados y expedidos como si fueran producidos para diversos fines. Deben ser vistos como una manifestación global del árbol en su proceso de floración, maduración, belleza global de sombra –en su forma simple de estar-ahí, de actuar–. Algo de donde constantemente salen nuevos brotes, nuevos árboles... Inclusive, es la ausencia de orgullo la que produce su propia grandeza natural: la clara conciencia de que no precisa hacer esta demostración [competir con el hombre] para sentir la sublime justificación como mujer –de que sólo precisa llegar hasta el espacio adonde se extiende su sombra...”.

LOU ANDREAS SALOMÉ (1899)

### Resumen

---

La autora propone que se estudie la evolución de la feminidad siguiendo el curso común de la vida de una mujer, en vez de estudiarla bajo el peso de las teorías clásicas basadas en lo “masculino” y en las patologías femeninas. Presenta un caso clínico en el cual el lector puede observar la constitución de la feminidad y concluye proponiendo que se escriba sobre casos de evolución predominantemente saludable de la mujer.

---

\* Analista didacta de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo. Miembro de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

Antes que la mujer fuera definida a partir del hombre (“la sin pene”, “la castrada”: Freud, 1924), una mujer la comparó a un árbol, en toda su plenitud y singularidad. No a partir del *hacer* masculino, sino a partir del simple *ser*, como un árbol que produce otros árboles, frutos, sombra...

En vez de encarar la feminidad como un “continente negro” (Freud, 1926), oscuro, ésta es comparada a un continente verde, vivo, como una gran selva virgen que debe ser desflorada, con sus incontables árboles. Esta metáfora nos acompaña como tela de fondo, durante este texto que, como toda escritura, va iluminando territorios a medida que revela los innumerables horizontes aún desconocidos. Seguir el trayecto de la vida psíquica de algunas mujeres, aquí y allí, puede ir poco a poco abriendo caminos hacia el “continente verde” y vivo de la feminidad, partiendo de su propio terreno, respetando sus relieves y características propias, que aparecerán como invariantes.

Pienso que investigar la “feminidad”, a partir de su evolución en el trayecto de la vida de una mujer, puede significar una revolución en la manera de abordarla: sin el peso de las teorías clásicas, forjadas a partir de lo “masculino” y de las patologías femeninas.

Esta es la condición para la exploración: decidirse a emprenderla a partir de su propio curso, agregando unas pocas teorías que puedan tener sentido y que irán siendo evocadas en el transcurso de esa experiencia.

## **La evolución de una niña**

Esta trayectoria empezó a partir de la observación de la relación madre-hija—desde el embarazo hasta los dos años y medio—; posteriormente, siguió con orientaciones a los padres hasta cuando la niña tenía 11 años, edad en la que ella inició un análisis conmigo que duró hasta sus 16 años.

Al principio de la observación, yo ya había terminado mi formación y, entonces, a partir de una razonable elaboración edípica, podía ofrecer un suficiente “*setting* interno” (Alizade, 2002) a la dupla madre-bebé e ir constituyendo así un firme “campo de escucha” psíquica (Baranger, 1961-1962). Esos factores tienen como punto en común el espacio para el tercero, lo nuevo, lo desconocido, abierto por el “lugar del padre” en la mente del observador o analista: objeto interno estructurante, tanto de su psiquismo, como de la escucha que puede ofrecer en la situación intersubjetiva.

Nuestro propósito es mostrar —a través de un caso clínico— de qué manera los momentos estructurantes de la “feminidad” aparecen y van

constituyéndose en la relación con la madre, con el apoyo del padre (Haudenschild, 1994).

Pensamos (cf. Stoller, 1968) que hay factores siempre presentes en la forma particular de florecer que tiene cada mujer: tanto sexuales (biológicos, innatos) como de género (relativos a comportamientos y características incentivados socialmente por la familia y la cultura, de acuerdo con el sexo del niño).

### Observación de la relación madre-bebé

#### *La niña en la mente de los padres*

Observo la relación de Bruna y su madre desde su gestación. Sus padres saben que su bebé será una niña y ambos están contentos: él, porque no ha tenido ninguna hermana; y ella, porque desde niña quería tener primero una hija mujer.

Converso con la madre sobre la observación que me propongo hacer. Ella me muestra el cuarto de Bruna, que ya está preparado. Bruna era el nombre de su muñeca preferida cuando era chica. Cuenta que tiene una hermana mayor que ella, otra hermana menor y un hermano mucho más chico, de 11 años. Dice: “mi madre tiene ojos sólo para él”. La familia paterna vive cerca de la casa de ellos, el padre de Bruna tiene dos hermanos menores.

#### *Bruna, 2 días. Los lugares que el padre confiere a la abuela materna y a mí*

En la maternidad, cuando Bruna está con 2 días de vida, el padre la recibe en los brazos y la acomoda en el pecho de la madre, me indica un lugar cerca de la ventana: “Desde ahí, usted va a poder ver bien la carita de ella” (refiriéndose a la hija, que va a ser amamantada).

Cuando llega la bebita, la abuela materna quiere tomarla en los brazos, pero el padre se adelanta y la acerca a la madre. La abuela entonces se sienta en un sofá que está más lejos y se queda allí.

#### *9 días. El lugar que el padre confiere a la madre*

A la semana siguiente, voy a la casa de la abuela materna –que atiende a la madre de Bruna desde que salió de la maternidad–. Bruna es cuidada por la abuela, que es exacta y rápida como una locomotora. Después de bañarla y vestirla, la pone en mis brazos. Dice que va a buscar un jugo para la madre. Llevo a Bruna hasta los brazos de su madre, que está acostada en un sofá en un rincón oscuro, en el extremo opuesto de una sala grande. La madre

la recibe con una sonrisa radiante, como lo había hecho la semana anterior, cuando la observé por primera vez y ella estaba acompañada por la mirada del padre. Abro un poco la cortina y el sol de la mañana ilumina a las dos.

Escribiendo este texto, me di cuenta de que hice como había hecho el padre de Bruna: cuando la abuela me la puso en los brazos, la llevé hasta donde estaba su madre, para que ésta pudiera ocupar su lugar de mujer-madre –pues, ahora, ya no es más la extensión fálica de su propia madre (abuela de Bruna), sino la madre individuada de un bebé singular–. En ese momento, el “corte” fue hecho por mí, y la madre parecía estar agradecida.

### *El “lugar del padre”*

El abuelo materno de Bruna está muy poco presente en las conversaciones de su hija (madre de Bruna), viaja constantemente y deja en manos de la mujer las decisiones domésticas. Ella parece mecánica, “perfecta”, como dice la hija: siempre ocupada en diferentes tareas y sobreprotegiendo al hijo menor.

Pienso que el “lugar del padre” en el psiquismo de la madre de Bruna va constituyéndose poco a poco a partir de la relación con el marido y con el padre de éste, quien la valora mucho, como también valora a su pequeña hija. Creo que mi acompañamiento –a través de la observación atenta y silenciosa, en vez del “hacer” superprotector de la madre perfecta e idealizada (*yo ideal*: Freud, 1914)– fue abriendo un espacio para que surgiera el modo de “ser” propio de la madre. Así, un objeto interno correspondiente a la madre fálica (Freud, Klein) –un *objeto ideal*, cuya contraparte sería un *yo ideal*, un sujeto rígido– fue poco a poco dando lugar a un objeto interno comprensivo (Bion, 1959).

En la internalización de este objeto, querría resaltar la función de la madre con capacidad de *rêverie*: capacidad de acoger y, pacientemente, dar significado a las confusas identificaciones proyectivas de su bebé (Bion, 1962) –capacidad de aceptar que su bebé sea diferente de ella, y mirarlo como a alguien nuevo, que no es una extensión de ella misma.

El niño adquiere continencia para su vida psíquica y capacidad de representarla, a partir de la internalización de esa relación con la madre. A esta autocontinencia psíquica, Esther Bick (1968) la llamó “piel psíquica”. Dependiendo efectivamente de la presencia de la madre para poder constituirse: el niño alcanza una consensualidad organizada a partir del olor, del gusto de la leche, del tacto, de la voz, de la mirada de su madre (*common sense*, Bion, 1962b). El niño ultrapasa la sensorialidad y percibe el psiquismo de la madre que le está ofreciendo sus cuidados. Si no, no fuera así, el niño

podría quedar a merced de una u otra experiencia sensorial aseguradora (Haudenschild, 1997), como una mantita con una textura y un olor: una “segunda piel”, un envoltorio sensorial para su psiquismo (Anzieu, 1985), sin poder representar sus experiencias sensoriales, sin poder representarlas y guardarlas como experiencias emocionales.

Pienso que Bruna pudo disfrutar de una buena relación con la madre, amparada por el padre (“unidad originaria”, Pérez Sánchez, 1980; Salas, 1974), y fue así constituyendo su propia continencia psíquica, sus propios pensamientos, su función alfa (Bion, 1962a, 1962b).

*20 meses. Bruna contenta de ser mujer. El orgullo del pubis:  
“Mira como soy mujer”*

Observo a Bruna en la aurora de su feminidad: con la mano izquierda aprieta su muñeco-bebé contra el pecho, en la mano derecha lleva una bolsita transparente, con maquillajes. Va hasta la máquina de costura de la madre, se sienta en el pedal, mirando hacia la rueda. Acomoda al bebé y a la bolsa atrás de ella y me pide la llave del auto que todavía tengo en mis manos (pues acabo de llegar a su casa). Con la llave hace “arrancar el auto”, y “manejando” la rueda de la máquina, se hamaca feliz.

Después de algún tiempo le digo que ella parece su mamá cuando la lleva a pasear en auto. Ella me mira, se para y viene hacia donde yo estoy, levantándose el vestido. Se baja la bombacha y me muestra unos pelitos dibujados con birome sobre el pubis; “¡soy como mamá en todo!”, parece decir, contenta. Después vuelve inmediatamente a su juego.

Mi primera reacción fue de espanto, después de alegría y agradecimiento, por ella querer mostrarme su intimidad: la madre había salido del cuarto y estábamos las dos solas. Cuando vuelve la madre, le cuento que Bruna está llevando a su hijita a pasear en auto.

Entonces Bruna repite la escena, y la madre también se lleva un susto: “No puedo creerlo, ella se dibujó esos pelitos, ¡sin que yo me diera cuenta!”.

Es interesante observar que primero Bruna haya querido mostrarse “como mujer” para mí. Berenstein (1990) dice que el niño necesita de “otro” para el cual pueda mostrar su individuación, pues teme que la madre no quiera separarse de él (por proyección de los propios deseos simbióticos). Esa autora dice que la evolución de una niña es más difícil que la del niño, porque ella precisa separarse de la madre pero, al mismo tiempo, depende de ella para identificarse como mujer. Si hay otra mujer cerca de ella, puede facilitar ese trayecto. En ese sentido, la abuela materna –que no tenía hijos hombres– fue muy importante para Bruna.

Berenstein distingue angustias específicamente femeninas, derivadas de las características genitales femeninas (angustias de acceso, penetración y difusión) y tentativas de dominar esas angustias a través de la externalización, concreción, regresión y dependencia de los otros. Salvo la regresión, todas esas tentativas aparecen en la viñeta que presenté más arriba: Bruna externaliza su “ser mujer” muy concretamente en su juego, bajo la mirada de “otra mujer”: maneja un auto, tiene una hija y una bolsa.

### *2 años y medio. Dios-mujer*

La madre me cuenta que Bruna vio una nube linda, muy alta, con un arco-iris por detrás, y le preguntó: “Mamá, ¿aquella mujer linda que vive arriba de las nubes y que cuida del mundo es Dios? La madre se sorprendió con la correlación Dios-mujer y me preguntó si yo ya había oído a algún niño decir eso.

Pienso que ni M. Klein oyó eso, al plasmar su concepto de “madre-fálica”, la que posee todos los poderes: ser fecundada, gestar, dar nacimiento a nuevas vidas, alimentarlas, incluso tener dentro de sí al pene poderoso del padre... (Klein, 1932).

Bruna habla de un Dios-mujer que no es fálico y poderoso: sólo cuida al mundo, que está bajo su colorida y radiante protección.

La observación duró hasta los dos años y siete meses de Bruna. Posteriormente, los padres me llamaron en diferentes oportunidades para pedirme alguna orientación.

## **Conversaciones con los padres**

### *“Entre mujeres” (4 años)*

La madre—que ahora tiene también un hijo de cinco meses— me llama para pedirme una orientación sobre cómo conversar con la hija sobre sexo. Bruna siempre le pregunta a la madre sobre la “ranita”—nombre que la madre da a los genitales externos—: “¿tu ranita tiene una mantecuita como la mía?, ¿de dónde viene?, ¿viene de adentro?, ¿viene de noche cuando dormimos?”.

La madre me trae un dibujo de Bruna en el que están dibujadas ella y la madre, desnudas. Los genitales externos aparecen bien marcados y las dos tienen el pelo largo y peinado de manera que quedan bien delineadas sus cabezas, como si la sexualidad estuviera abrigada bajo el cabello.

Aquí, es notable la confianza que demuestra Bruna, cuando conversa abiertamente con su madre (Keiser, 53). También me parece interesante que

la madre tenga un nombre para los genitales femeninos externos: así pueden conversar (Lemer, 1976; Alizade, 1992). El dibujo de Bruna muestra que se siente protegida bajo los cabellos-pensamientos de la madre, y también por los propios.

### *Angustias edípicas (7 años y medio)*

Los padres me llaman para contarme sobre las angustias de Bruna (y las de ellos mismos). La madre da clases en la noche y los hijos se quedan con el padre hasta la hora de ir a dormir. A Bruna le gusta jugar a vender y comprar: le vende al padre las “joyas” de la madre; el padre las compra, siguiendo sus recomendaciones. Pero, cuando la madre tarda para volver y él tiene que llevarla a la cama, ella llora: “¡quiero a mamá!”. El padre es muy paciente, pero no sabe qué hacer.

### *Fantasías bisexuales: “Entre hombres” (10 años)*

La madre viene a verme y me cuenta que Bruna ahora hace “todo tipo de programas”, de varón y de mujer. “Hizo los exámenes de danza con una bailarina inglesa que la elogió mucho. Pero no descarta la idea de jugar fútbol: juega con los primos como si fuera uno de ellos, ¡también!; ella sólo tiene primos varones...”.

Pienso que esa libertad de ser “entre hombres” auxiliará a Bruna en su espacio escolar y profesional, y también en sus opciones afectivas: así podrá transferir estas experiencias positivas con hombres significativos (primos, padre, abuelo).

## **Bruna en análisis**

“Entreabierto capullo, entrecerrada rosa,  
un poco de niña, un poco de mujer...”  
Machado de Assis, *Menina e moça* (1870)<sup>1</sup>

A los 11 años Bruna empieza un análisis conmigo, pues tiene dificultades para adaptarse al colegio mixto donde fue transferida, después de haber estudiado siempre en un colegio de mujeres. Según su madre, los

<sup>1</sup> “Entreaberto botão, entrefechada rosa, um pouco de menina, um pouco de mulher...” (Machado de Assis, *Niña y moza*, 1870).

varones hacen juegos “estúpidos”: se acercan por atrás, atan una echarpe en la cintura de las niñas y, rápidamente, tiran de los pantalones para abajo. Aun siendo castigados, ellos siguen sorprendiéndolas, haciendo eso cuando ellas no se dan cuenta. Bruna vive “aterrada” sólo de pensar que puede ser ella la próxima víctima.

*Principio del análisis (11 años). De top-model a mujer sexualizada*

Al comenzar el análisis, Bruna dibujaba y confeccionaba vestidos para sus muñecas Barbies, con polleras anchas, “como en el tiempo de la abuela”. Me pedía que la ayudara, traía unos retazos y, después, organizamos un desfile “final”. La madre me contó que Bruna recibió un regalo de su abuela: “camisones de seda bordados, y se quedaba haciendo pose en el espejo: parecía una artista de cine”...

Las Barbies parecen realmente artistas de cine. Bob, también, es un muñeco que ya viene vestido con *smoking*. En la sesión, su función era desfilarse con cada Barbie (como bailarines clásicos que llevan a las bailarinas). Pero un día, después de haber desfilado con la más “bonita”, él la besó y le sacó la ropa. Ella hizo lo mismo. Y los dos quedaron abrazados, desnudos, en una cama improvisada con una servilleta de papel.

Vemos aquí que Bruna intenta diferenciarse de la madre, usando los padrones de la abuela paterna, a quien considera un modelo de elegancia, en contraposición a la madre y a la abuela materna. La abuela paterna funciona como la “otra” figura materna de identificación, con la que Bruna puede elaborar y tratar de dominar sus angustias de modo menos ambivalente que con la madre.

*Bruna florece. “Para las mujeres” (12 años)*

Antes de las vacaciones de Navidad, Bruna confecciona flores: recorta los pétalos y las hojas y los arma en un alambre fino, formando pequeños ramos que quiere dar de regalo a su madre, abuelas, tías, profesoras. Los “modelos” son las rosas del jardín del consultorio: lilas, amarillas, rosas...

Le digo que está creciendo, floreciendo como las rosas del jardín del consultorio. Que el espacio de nuestras conversaciones, del análisis, tal vez está siendo para ella un cantero fértil. Que cada rosa es un poco de ella apareciendo, floreciendo, naciendo a la vida. Ella se ríe y agrega: “Eso es fácil. Pero si Marcelo (profesor de artes) no me hubiera enseñado cómo prender y sujetar los pétalos, haciendo el pedúnculo, las rosas no quedarían tan firmes...”.

Pienso que Bruna percibe el valor del apoyo paterno, de la valorización masculina, para que una mujer pueda florecer: es como el pedúnculo de la

rosa, como el engarce de la joya, sin el cual ésta no podría mostrar su luz. Pienso también que Bruna habla de algo así: como de un miedo a dispersarse (cf. Berenstein, 1990), a perder los pétalos, si no contara con la firmeza paterna interiorizada.

*La sensualidad encarnada. “Para los hombres” (14 años)*

En la semana de la presentación anual de danza, Bruna sueña con “ranitas” bailando en una ronda. Me cuenta que se despertó y le pareció gracioso el sueño, muy nítido, con la música de la coreografía.

Le recuerdo que “ranita” era el nombre que ella usaba cuando era chica para referirse a sus genitales; ella se ríe con ganas y agrega que la danza era muy sensual. Dice: “hasta tengo vergüenza de pensar que mi padre y mi abuelo van a ir a la presentación de danza...”.

Bruna tiene el coraje de mostrarse sexualizada ante las figuras masculinas de la infancia. ¿Será que van a aceptarla?

**Los sueños de Bruna (¿quiénes son los hombres?, ¿quién soy yo-mujer?)**

Después de las vacaciones, Bruna ya no quiere jugar. Le propongo entonces que se acueste en el diván y ella empieza a contar sueños.

*El hombre persecutorio. Ruido de toro y olor de hombre (15 años)*

“Estaba con mis compañeras en el colegio, hablábamos sobre los chicos que nos gustan. De repente, oímos un ruido atrás de los arbustos, como un aliento fuerte (un bufido). Corrí para el otro lado del jardín, que era más alto, y desde allá vi un toro enorme, negro. Adonde yo estaba, no había peligro. Yo podía verlo y podía correr si necesitara”.

Ella asocia ese sueño con una discusión que la madre tuvo con el padre, en la que le dijo que con el aliento de alcohol que él tenía –después de un festejo con amigos– no iba a poder dormir en la cama con él. La madre le pidió a Bruna que cambiara de cama con el padre. Ella aceptó pero al día siguiente le dijo que no iba a cambiar más, porque a ella tampoco le gustaba el olor que el padre había dejado en su almohada.

Después de una pausa, Bruna comenta que está menstruada y que su olor la incomoda mucho: “Es muy fuerte, ¿usted no lo está sintiendo?”. Le digo que ella quiere saber si, además de su parte rosa “perfumada” de niña-moza, puedo aceptar su sexualidad de mujer adulta, que ya podría tener hijos.

Ella entonces habla sobre su curiosidad en relación con los hombres, sus olores, sus líquidos, sus atributos fálicos. Y particularmente sobre su temor a los movimientos imprevisibles –no sólo los de ellos (toros) sino también los que puedan surgir dentro de sí misma en relación con ellos...

Surgen angustias de acceso, difusión y penetración, como también intentos de dominarlas: regresión, externalización y dependencia de la opinión de “otra” mujer que no sea la madre.

### El hombre (y la mujer) en busca de su hábitat natural

“Finja que ahora yo soy su juguete...  
su bicho preferido...  
Venga, deme la mano: nosotros ahora  
ya no tenemos más miedo”<sup>2</sup>.

Chico Buarque, *João e Maria* (1977)

#### *El oso adulto y vivo*

Tres semanas más tarde ella me cuenta este sueño: “Debajo de la cama de mis padres, que era muy alta, había una puerta por la que salía un oso. No era peligroso. Iba para el lado de la puerta, la empujaba y salía. Yo oía cuando él abría la puerta de la calle. Era como un osito que tengo desde siempre, desde que era muy chica, lo tengo todavía en mi cuarto: es perfecto, parece un oso de verdad. En el sueño era como si hubiera crecido y tuviera vida. En el sueño, no era malo. Sólo quería salir a la calle [pausa] Le gustaba la selva, no quería dormir *encerrada* en una casa”.

Le hago notar que dijo la palabra “encerrada” en femenino y ella se ríe.

Digo que parece estar hablando de su parte animal-gente que la acompaña siempre y que, ahora que ella creció, se siente prisionera bajo la pareja de los padres, que siempre la protegieron. Y entonces trata de salir, transponer la puerta de la casa familiar, para poder conocer su naturaleza, entrar en contacto con su “selva” –su naturaleza femenina, que trajo anteriormente representada por las flores y hoy ella la trae representada por una “selva”, con sus flores y animales exóticos–, un hábitat para su feminidad, de la misma forma que la floresta es el hábitat del oso. Pero, para eso, ella tiene

<sup>2</sup> “Finja que agora eu era o seu brinquedo... seu bicho preferido... Vem, me dê a mão: a gente agora já não tem medo”.

que enfrentar riesgos. No sabe lo que va a encontrar. Y está atenta a todo lo que pasa dentro de ella misma, como a los pasos del oso, imprevisibles...

Cuenta que vio una película sobre osos: “Cuando ellos crecen, la madre hace que el hijo suba a un árbol bien alto y lo deja allá. Él tiene que bajar solo y, al llegar abajo, no la encuentra más”.

Ahora Bruna elabora sus curiosidades y temores en relación con la sexualidad masculina (y con la suya propia) sustituyendo al toro por el osito de peluche, objeto transicional (Winnicott, 1951, 1971) que la acompañó toda la vida —objeto que inició su separación en la relación primaria con su madre—.

Ahora él es “él” y es “ella”, y esto nos remite tanto a la integración de la sexualidad femenina, de la bisexualidad, como a la complementariedad hombre/mujer: uno para el otro.

## Integraciones del *self* y de la feminidad

*En vísperas de la despedida del análisis y de la casa de los padres de la infancia. Lazos verdes en el árbol verde (16 años)*

“Soñé que Mario [novio] y yo íbamos a visitar a mi abuelo, que vivía en el último piso, pero él había salido. Estábamos cuidando a unos niños, y un niño de piel morena quiso ir a jugar a la planta baja. Bajamos y vi que el auto de mi abuelo estaba entrando. Le dije a Mario que yo iba a subir, mientras él esperaba al niño. Cuando entré en el departamento, mi abuelo estaba preparando el árbol de Navidad, el árbol era vivo y fuerte, era más alto que una persona. *Había traído lazos verdes: eran tan bonitos que pensé que quien quisiera verlos, los verían.* Puso un lazo y dejó un papel de bombón atrás: así el lazo aparecía bien. Cuando me vio, ¡le di un abrazo bien fuerte! Me dolía el corazón, estoy casi de su tamaño, ya no es más como cuando le abrazaba las piernas. Pensé ¿hasta cuándo? Él está tan viejito... Le pregunté: ¿abuelo, puedo ayudarte? Él no me respondió, pero me fue dejando, como hacía cuando mi hermano y yo éramos chicos: él nunca despreció nuestra ayuda. Entonces Mario llegó con los niños y a todos les pareció que el árbol estaba muy lindo. Alguna vez, me gustaría hacer un árbol así en mi casa...”.

Mientras ella está hablando, recuerdo el sueño del oso: que se iba de la casa, como Mario y el niño, que también *bajaban* del último piso hasta la planta baja —como los osos bajan de los árboles cuando crecen—. En ese sueño, como en éste, ella, sola, se quedaba observando lo que pasaba dentro de la casa: en el cuarto de los padres, en la sala del abuelo. Pienso que de

esa manera ella hace la diferencia entre el caminar externo del hombre y el interno de la mujer, en la constelación y constitución de su identidad sexual. Pero también, desde mi punto de vista, integra dentro de ella esos dos recorridos, integrando su bisexualidad psíquica, conseguida a través de las identificaciones femeninas y masculinas ya internalizadas.

Le digo que ella está dándose cuenta de que el tiempo pasó y ella ya creció. Ella y Mario ya tienen edad como para cuidar niños, como hacen los padres. Y su abuelo está más viejito. En vísperas de las vacaciones de Navidad y de su despedida –pues se estaba yendo a estudiar a otro país–, ella se preguntaba: “¿Hasta cuándo?”. ¿Hasta cuándo va a poder contar con el abuelo querido, con los padres, conmigo? Pienso que Bruna ya parece tener dentro de ella misma esa fuerza viva del árbol que el abuelo estaba adornando con lazos verdes, lindos como la feminidad, que no aparece, pero que está allí para quien quiera verla... –lazos cuya forma y disposición alrededor del árbol me evocaron las “ranitas” bailando en una ronda, además de la evidente asociación con vínculos. Ella resalta: “él tiene orgullo de mí, porque soy la mujercita de la familia”.

Florence Guignard (1989, p. 1.052) dice: “en el momento del surgimiento de las capacidades biológicas adultas, la integración de la bisexualidad psíquica es la que dará un nuevo sentido a la escena primaria, originada en la organización edípica infantil (...) en un espacio psíquico estructurado de ahora en adelante por el vector transgeneracional de la función paterna y, al mismo tiempo, por el vector generacional de la relación amorosa”.

En el sueño, Bruna visita al abuelo en la posición de “novia de Mario”. Como la abuela no está presente, ella hace “pareja” con el abuelo, que acepta su ayuda para adornar el árbol. Pero ahora ella no tiene miedo de ser confundida con la pareja de él, como tenía, a los 7 años, cuando se quedaba de noche con el padre. El cuerpo del abuelo sirve como referencia en relación con el cuerpo de ella, ahora crecido y adulto. El clima no es de temor por ser invadida, sino de luto por la despedida inevitable de las figuras de la infancia... En ese momento Bruna constata la diferencia inexorable de las cuatro generaciones: los abuelos, los padres, ella, los niños... Y recuerda, como una dádiva, el orgullo del abuelo por ella ser “mujer”...

### El “continente verde”

Ese orgullo de ser mujer, internalizado por Bruna, va a poder darle lo que Lou Andreas Salomé llama “ausencia de orgullo” narcisista: una alegría

narcisista saludable, de quien sabe que tiene un don interno, casi imperceptible, pero lindo, como los lazos verdes...

El que tenga ojos para ver, lo verá... Y si la interioridad se revela (cf. Klein) como una poesía simbolista en la que la imagen produce su propia forma (Mitchell, 1986), en lugar de revelarse como un mito como lo proponía Freud –como la historia de una historia–, la sensibilidad poética del analista para las imágenes que puedan ir surgiendo durante las sesiones es la que podrá distinguirlas, o no, como “hechos seleccionados” (Bion, 1962b) colmados de significado.

Algunas de estas imágenes, reveladoras de la interioridad de una mujer, adquirieron forma en este texto, y espero que puedan continuar surgiendo (Haudenschild, 1999) a partir de la repercusión en la vida mental de cada lector, en el momento imprevisible de cada lectura. Momento que es como el entrecruzamiento de varias historias, tejidas a través de varias generaciones, como los caminos en un continente.

Nuestro “continente verde” tiene todavía pocas rutas, que van delineándose hacia dentro y hacia fuera, llenas de promesas...

## Referencias bibliográficas

- ALIZADE, A.M. (1992). *La sensualidad femenina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- \_\_\_\_\_ (2002). “El encuadre interno: nuevas aportaciones”. Encuentro APA-SPP. París.
- ANZIEU, D. (1985). *Le moi-peau*. Bordas: París.
- ASSIS, M. (1870). “Falenas”, en *Obras Completas*, vol. III. Río de Janeiro: Aguillar, [1962].
- BARANGER, M. y W. (1961-1962). “La situación analítica como campo dinámico”, en *Problemas del campo analítico*. Buenos Aires: Kargieman.
- BION, W. (1959). “Attacks on Linking”. *Second Thoughts*. Londres: Heinemann, 1967.
- \_\_\_\_\_ (1962a). “A Theory of Thinking”. *Second Thoughts*. Londres: Heinemann [1967].
- \_\_\_\_\_ (1962b). *Learning from Experience*. Londres: Karnac [1984].
- BERNSTEIN, D. (1990). “Female Genital Anxieties, Conflicts and Typical Mastery Modes”, en *Int. J. Psychoanal.*, 71, 151-67.
- BREEN, D. (1993). *The Gender Conundrum*. Londres: Institute of Psycho-Analysis.
- FREUD, S. (1905). “Three Essays on the Theory of Sexuality”. *SE* 7.
- \_\_\_\_\_ (1914). “On Narcissism: An Introduction”. *SE* 14.

- \_\_\_\_\_ (1924). *The Letters of Sigmund Freud and Karl Abraham: 1907-1926*. New York: Basic Books [1965].
- \_\_\_\_\_ (1925). "Some Psychological Consequences of the Anatomical Distinction between the Sexes". *SE* 21.
- GUIGNARD, F. (1989). "Objet de transfert, où est tu?", *Rev. Franç. Psychanal*, 4/1989.
- HAUDENSCHILD, T. (1994). "Psiquê e suas vicissitudes: um mito sobre o desenvolvimento do feminino", *Anais do XX Congresso da Fepal*, Lima, Perú, vol. 3, p. 301.
- \_\_\_\_\_ (1997). "Retaking the First Steps towards Symbolisation: A 6-year-Old Emerges from Adhesive Identification", *Int. J. Psychoanal.*, 78: 733-753
- \_\_\_\_\_ (1998-1999). "El desvelar del habla", *Rev. de Psicoan*, número especial intencional, n° 6: 223-242- Buenos Aires.
- HOLLANDA, C.B. de (1977). *João e Maria*. Phillips.
- KEISER, S. (1956). "Female Sexuality", *JAPA*, 4: 563-74.
- KLEIN, M. (1932). "The Effects of the Early Anxiety-Situations on the Sexual Development of the Girl", en *The Psycho-analysis of Children*, Londres: Hogarth [1980].
- LERNER, H. (1976). "Parental Mislabeling of Female Genitals as a Determinant of Penis Envy and Learning Inhibitions in Women", *JAPA*, 24(5):269-85.
- MITCHEL, J. (1986). "The Question of Femininity and the Theory of Psychoanalysis", *The British School of Psychoanalysis-The Independent Tradition*. Editado por Gregorio Kohon. Londres: Free Assoc.Books.
- PÉREZ-SÁNCHEZ, M. y ABELIO N. (1980). "Unité originaire", en *Communications Congrès de Barcelone*. París: PUF.
- SALAS, E. (1974). "Aportes al estudio del papel de los padres en el desarrollo". *Rev. de Psicoan.*, XXXI (1-2): 403. Buenos Aires.
- SALOMÉ, L. Andreas (1899). "Neue Deutsche Rundschau, año X. Un bosquejo de su imagen", en *Voces de femineidad*, editado por Alcira Mariam Alizade. Buenos Aires [1991].
- STOLLER, R. (1986). *Sex and Gender*. Nueva York: Science House
- WINNICOTT, D. (1951). *Transitional Objects and Transitional Phenomena, Throuh Paediatrics to Psycho-Analysis*. Nueva York: Basic Books [1958].
- \_\_\_\_\_ (1971). *Playing and Reality*. Londres: Tavistock.